

CLIC Y SUPRIMIR

Mary Atencia Alvear ¹

Hugo caminaba por las calles desiertas de su acomodado barrio residencial, las hojas de color naranja crujían bajo sus zapatillas Nike. Era el primer día de otoño, los días se habían vuelto más cortos y las noches más largas, y la brisa helada revelaba que este iba a hacer un invierno más frío de lo habitual. Subió la corredera negra de su chamarra deportiva y se dispuso a realizar su acostumbrada trotada del día, un ejercicio que le gustaba desde los 8 años y que le había conseguido una beca deportiva en una prestigiosa universidad de la Costa Este de Estados Unidos.

45 minutos, 170 de ritmo cardiaco y más de 5.000 mil pasos mostraba su Apple Watch. Se detuvo a analizar su progreso, suspiró, tomó agua de una botella importada y se limpió el sudor con el antebrazo derecho. Estiró las piernas en una banca y emprendió sin prisa el camino de regreso a casa.

La fachada de la casa era moderna, con dos pisos y grandes ventanales que daban al lago; en su garaje estaba aparcado un Audi A8 último modelo. El interior de la residencia estaba decorado al Mid Century Modern.

La decoradora francesa había insistido en elegancia sutil y sencilla con preferencia en los colores tierra para preservar el calor en invierno y con todas las comodidades que un soltero de 35 años, exitoso y bien parecido podría querer. Esto lo dijo coqueteando un poco, o al menos, eso le pareció a él.

Eran las 8 de la mañana cuando por fin salió de su casa, vestido con un traje gris plomo a la medida y de corte Versace. Vivía en un pueblo pequeño, esa clase de pueblos donde todos conocen quiénes fueron tus abuelos y donde todos se casan con su novia del colegio. Llegar al trabajo no le tomaría más de 25 minutos. Se estaciona en el puesto que dice: Reservado-Presidencia. Al poner un pie fuera del auto, se encuentra con el excesivamente amable guardia de seguridad, un hombre de tez oscura con más de 45 años, quien lo saluda con una sonrisa nerviosa y con un ligero tartamudeo.

- Ho...Ho...Hola, seño...ño...señor. ¿Co...Co...Como se encuentra? - pronuncia el guardia.

¹ Comunicadora Social y Periodista y Magíster en Relaciones Públicas de la Universitat Autònoma de Barcelona. Se ha desempeñado como Community Manager para agencias de publicidad y es colaboradora de redacción para varias revistas. Correo electrónico: maryc.atencia@gmail.com



Hugo lo mira de pies a cabeza y al instante siente la urgencia de ahuyentarlo como a una cucaracha que se ha puesto sobre su zapato.

- Bien, Smith – le dice sin más y se dirige a los ascensores.
- Es ... Sa ... Sa ... S a p p i n g t o n ... Sappington, señor – dice a nadie en particular.

La oficina estaba en su ajeteo y murmullo matutino: las secretarías tomaban café y echaban chismes, los internos coqueteaban con las asistentes y las señoras de la limpieza se paseaban de aquí para allá con un trapo, fingiendo que no escuchaban nada.

El ascensor hace un alegre “ding” por un momento parece que el tiempo se ha congelado en la oficina, los empleados contienen el aliento; ha llegado el jefe, pero no cualquier jefe, Hugo ha llegado. Como el aviso de una terrible tormenta, todos se quedan estupefactos ante lo inminente, nadie hace un movimiento porque saben que sería despertar a la bestia, al oso, al animal peligroso. Y Dios sabe que nadie quiere ser nunca la primera víctima de un animal salvaje.

Hugo carraspea y el tiempo sigue su curso natural, pero esta vez sin la jocosidad y camaradería de hace unos minutos. A Hugo se acerca su asistente, una chica menuda,

con cabello castaño y con un folio de papeles sujetos con una mano sobre su flácido pecho.

- Señor, le tengo los informes que me pidió en la tarde ayer – dice ella nerviosa.
- ¿Qué día es hoy? – pregunta Hugo sin dar señal de haber escuchado lo que dijo la chica.
- Viernes, señor – dice con una sonrisa tímida.

En la cara del resto de empleados se puede ver el miedo y la lástima porque saben que este es nada más el inicio de lo que está por venir.

- Entonces, se puede decir que ayer fue miércoles, ¿cierto? – dice él con ironía.

Ninguno de los empleados dice nada. La chica mira en derredor, como alguien que busca una cara amiga para que le ayude a encontrar una dirección, pero los demás trabajadores evitan coincidir con su mirada.

- Ayer fue jueves, señor- dice.
- Bien. Si esos son los papeles pedí para el día de ayer, ¿QUÉ LE HACE PENSAR QUE LOS QUIERO HOY? – gritó Hugo dando un manotazo a una mesa.
- Señor, es que no los puede encontrar ayer, era demasiado tarde cuando me los pidió.

Se escuchó un jadeo ahogado en la sala.

- ¿Es culpa mía que usted no cumpla con su trabajo?
- No, no, señor - añadió la chica rápidamente.
- ¿Cuál es su excusa, señorita?
- Señor, tengo un hijo de un año. Soy madre soltera y no puedo hacer largas jornadas de trabajo – dijo la chica con lágrimas en los ojos.
- Su vida fuera del trabajo no me interesa, si no es capaz de separar ambos aspectos, no me sirve como asistente. Quiero que recoja sus cosas y se vaya inmediatamente está despedida.
- Señor, por favor. Se lo pido. Necesito el trabajo.
- No es asunto mío y tampoco culpa mía que usted además de ser mala trabajadora, sea mala madre. Tampoco tengo la culpa de que sea una mujer tan tonta como para dejarse embarazar en pleno siglo XXI. No puedo decir que culpo al padre por haberse marchado y dejado con un mocoso, pues quién querría estar con una mujer tan poco atractiva y claramente poco inteligente, como lo es usted.
- Él no me abandonó.... Murió- dijo la chica en un sollozo.
- Con más razón, que mejor que la

muerte para alejarse de una medusa llorona.

La chica salió disparada como un cohete de la habitación y se encerró en el baño de las damas hasta que los de seguridad tuvieron que sacarla. La oficina se quedó en silencio mientras Hugo caminaba hasta su oficina, el trabajo se reanudó poco después, pero sobre el ánimo de los trabajadores se levantó una nube negra difícil de disipar.

Eran las 7.p.m. hora de salida de la empresa y para muchos comenzaba el fin de semana. A las 6: 45.p.m. los empleados alistaban sus cosas porque era costumbre del jefe hacerlos quedar hasta media noche los viernes solo por el gusto. Hugo asomó la cabeza por la puerta de la oficina y observó a un muchacho de 25 años, con pinta de hípster, guardar su portátil en un bolso, y decidió que él sería el ganador del loto del viernes.

Se acercó a su cubículo y tamborileó con sus dedos sobre la pared para llamar su atención.

- Pablo Guzmán, tú eres el hombre que estaba buscando – dijo Hugo con una sonrisa animal.
- Es Paul Guzmán, Hugo y creo que lo sabes. Fuimos a la universidad juntos.
- Nunca he entendido porque tu gente tiene la necesidad de ponerse nombres americanos con sus



apellidos, me parece de tan mal gusto – comentó, esbozando los caninos.

Paul no dijo nada.

- Paul, necesito que te quedes hasta altas horas haciendo los archivos de contabilidad – ordenó Hugo.
- Hugo, ¿podría hacerlo el lunes? Es que hoy es el cumpleaños de mi novia y nos vamos a reunir con unos amigos.
- Pablo, ¿parezco de los jefes que les interesa la vida personal de sus empleados? – preguntó.
- Bien. Entonces, quiero que te pongas en eso y también con los del segundo departamento, ¿entendido?
- Pero eso me llevará todo el fin de semana, no solo el viernes – dijo Paul.
- Bueno. De ser tú, yo empezaba ya.

Hugo se fue dándole un toque a sus tacones y sonriendo, para él sería un viernes excelente. Una cena romántica en un lujoso restaurante con su hermosa decoradora de interiores. Paul se sentó, dio un puñetazo a la mesa y redactó un mensaje para su novia disculpándose por no poder llegar a tiempo, pero que haría lo posible por estar ahí.

Eran las 12.a.m. la única luz que se veía en el conjunto de cubículos era la de Paul, los demás, incluidas las cucarachas, estaban de

descanso. Paul se frotó los cansados ojos y se fue a servir un café que se encontraba helado desde la mañana, sacó su celular y revisó los numerosos mensajes de su novia y amigos, pidiéndole que fuera, que dejara eso para mañana. Paul vio la foto de su grupo de amigos pasándola bien y él aquí trabajando, se sintió mal. Miró a la oficina y pensó en qué estaría haciendo el cabrón de su jefe, eso fue lo que hizo que se decidiera, tomó su chaqueta, apagó su computador y miró una vez a la oscura oficina y pensó: ¡Qué lo jodan! Y salió por la puerta.

Sentado en una cabina en su bar favorito con sus amigos y con unos tragos de más, empezaron a destruir a su jefe verbalmente.

- No entiendo cómo puedes trabajar para alguien así- insistía su novia.
- Qué puedo decir Melissa, el tipo es el mejor en lo que hace y el plan médico no puede ser mejor y lo sabes – respondió Paul.
- Sí, pero aun así. Hizo llorar a una chica por ser madre soltera, eso es muy machista y muy años 50, ¿no creen?

Los amigos asintieron.

- Lo sé, Camila, es un cabroncete – dijo Paul.
- Alguien debería enseñarle una



lección. No puedes ir por la vida tratando a la gente como una mierda solo porque tienes dinero – comentó Pamela.

- El tipo es mala persona, la empresa de eventos para la que trabajo realizó la cena de ensayo de su matrimonio, el tipo engañó a su prometida con su hermana. La pobre chica los encontró en el baño – agregó Jacob, novio de Pamela.
- Sin contar lo que te hizo a ti – sentenció Melissa.

Paul no lo había olvidado, él y Hugo eran compañeros de cuarto en la universidad y por un tiempo Paul creyó que eran buenos amigos, pero Hugo le robó no solo la tesis de grado, sino su idea de negocios. Paul estaba trabajando en la idea de empresa que Hugo montó.

- No lo he olvidado – dijo Paul, dándole un sorbo a su cerveza.
- Se merece que lo borren de la faz de la tierra, una persona como él no debió haber nacido. ¿En qué pensaba su mamá? – dijo Pamela.
- Seguramente lo mismo que la mamá de Hitler – dijo Jacob y todos rieron.
- Nunca debió haber nacido, que tal eliminar a alguien, hacerlo desaparecer o simplemente ignorarlo – dijo pensativa Melissa.

- No vamos a matar ni a desaparecer a nadie, Melissa – dijo Paul.
- No matar, pero borrar – dice ella.

Todos se la quedan viendo sin saber de qué está hablando.

- Pásame tu portátil - le dice Melissa a Paul.

Paul no pregunta, porque ve en los ojos de Melissa la resolución que tanto le atrae y asusta por igual.

Melissa empieza a saltar entre interfaz e interfaz y navega por sitios web codificados para hackers. Sus dedos se mueven velozmente, sus amigos la miran embelesados y saben que ella está creando arte con códigos binarios y usuarios anónimos, solo tienen que esperar para ver el resultado final.

- Listo. Lo he borrado– anunció mientras hace crujir sus dedos.

Todos esperan a que diga algo más.

Bueno. ¿Qué fue lo que hiciste? – dijo Pamela impaciente.

- He estado desarrollando este nuevo programa para el trabajo, pero no había tenido la oportunidad de ponerlo en práctica. Es un sistema



que borra todos tus registros web y cualquier identidad digital, lo que hace el trabajo del hacker más fácil, ya que no dejas registro, en teoría no funciona para borrar alguien de la vida real, pero pensé y por qué no crear un grupo anónimo en nuestro pequeño pueblo para fingir que Hugo no existe. Pues, resulta que hice un chat con varias personas que no somos los únicos que tienen algo contra él.

- Deja ver si te entiendo. ¿Hiciste un grupo con gente del pueblo para ignorar al tipo en las calles? – preguntó Paul.
- Es más que eso. Vamos a fingir que el tipo no existe y publicar en vivo su desespero, su soledad y darle una lección.
- Él tiene acceso a internet, podrá ver el grupo y demandarnos por ciberacoso. Jamás funcionará – dijo Jacob.
- Me subestiman, mis estimados amigos. También he estado desarrollando un programa para controlar aparatos a la distancia, he hackeado su cuenta de iCloud, su correo, su teléfono y su acceso a internet. Él verá lo que yo quiero que vea.
- ¿Cómo sabemos que la gente seguirá el juego? – preguntó Paul.
- Porque he hackeado el servidor central de internet de nuestro pueblo

y los censos del gobierno, a cada habitante con correo electrónico se le pedirá unirse a la causa y a los demás guardar silencio para poder observar desde sus redes sociales y postear. No hay fallas.

- Esto jamás funcionará. Implica muchas violaciones a la ley, Melissa – dijo Paul.
- Las redes sociales nos dan el poder de opinar sobre la vida de los demás, admirarlas, apreciarlas y por qué no, destruirlas o dar una lección. Solo tengo que darle al botón de empezar y todo se sabrá mañana.
- Hagámoslo – dicen Pamela y Jacob.
- No. No estoy de acuerdo. Nos van a descubrir y podríamos terminar en la cárcel.
- No lo harán. ¿No confías en mí, Paul?

Paul miró a los grandes ojos azules de Melissa y sabía muy bien que poco importaba lo que él dijera. La última palabra siempre la tenía ella.

- Está bien. Hagámoslo.

Al día siguiente Hugo se levantó como de costumbre, salió a trotar y se dirigió al club campestre como todos los sábados. El valet del club no lo saludó ni le levantó la puerta para entrar, le gritó e insultó y amenazó con ir con el gerente, pero el valet actuó como si



el no estuviese ahí. Al final le tocó estaciona por sí mismo. Fue directo al bar a buscar una bebida que le ayudara a pasar el mal rato, pero fue lo mismo. El bartender hacía como si no lo viera y escuchara, atendía los demás pedidos pero los suyos eran ignorados. Golpeó la barra con sus nudillos y tumbó unas botellas, sin embargo, no logró captar la atención de ninguno de los presentes. Era como si él no estuviese ahí, lo estaban ignorando. Frustrado con su mañana, fue a las canchas de tenis y ahí encontró a su entrenador, que como siempre estaba coqueteando con una chica. Le gritó listo para su sesión de la mañana, pero ni la chica ni él dejaron de conversar. Tiró la raqueta al suelo, en un ataque de rabieta infantil, pero ni así dirigieron una mirada hacia él. Sacó su celular, no tenía llamadas, buscó en Google si hoy era el día de los inocentes, no obstante, el día era un día cualquiera sin nada extraño agendado.

Salió de la cancha dispuesto a irse del club también, pero sin la ayuda del valet no pudo encontrar su carro, viéndose en la obligación de caminar. Todo el camino iba refunfuñando y maldiciendo por lo bajo. Cuando iba a cruzar la línea de autobús 27 no hizo su respectiva parada, Hugo tuvo que saltar al otro lado para no ser atropellado. El Impacto le raspó las palmas de las manos y lo dejó con un tobillo lastimado. El conductor del bus no lo había visto. Malherido como

estaba, decidió ir a la casa de su francesa para pedir ayuda.

Las personas se lo tropezaban en el camino, pero nadie le pedía disculpas. Incluso un tipo en un auto tiró un batido de fresa en su cara y otro escupió en su zapato, cuando fue a reclamar tal trato, ninguno de los sujetos se dio por enterado. <<Qué carajo está pasando>>, pensó Hugo.

Su amiga francesa vivía en una casa en la colina, el pie le dolía y creía que tenía una grave lesión, las palmas de las manos le escocían y las rodillas le ardían. Había intentado llamar a Claudette varias veces pero su número pasaba al buzón. Estaba al pie de la colina que llegaba a su casa y al verla supo que no podría subirla. Se sentó en la acera, estaba sucio: su impecable traje blanco de tenis estaba negro de mugre y sucio de sangre, su cabello rubio enmarañado. Por un momento le pareció que esto podría ser una broma, porque escuchó unas risas y sonido de unas cámaras de celular, eran unos adolescentes. Intentó perseguirlos, pero no pudo seguirles el paso así como estaba.

Decidió parar un taxi, pero ninguno se detuvo, de hecho, uno pasó por un charco y terminó de ensuciarlo. No podía caminar a casa, eran dos millas de distancia y jamás podría hacer ese viaje con su pie como estaba. Cuando las cosas no se podían poner peor, empezó



a llover y buscó refugio debajo de un árbol. No se había sentido tan desolado desde que su padre había muerto.

Sucio y cojeando caminó a casa. En su mente se formaban ideas extrañas, se sentía observado, como si todo fuera especie de un reality show donde él era objeto central de burla. En una ocasión miró a una casa y le pareció ver que los habitantes cerraban rápidamente las cortinas, en tres oportunidades se percató de esto.

Después de una hora caminando, su celular empezó a hacer un alegre sonido, lo sacó del bolsillo y vio que la pantalla estaba rota, seguramente por la caída. Maldijo al cielo por su suerte y revisó el teléfono, era un recordatorio, era el cumpleaños de su madre. Se había olvidado por completo de ella desde que la había internado en un ancianato porque no podía cuidarle. No tenía ningún lugar a donde ir, la gente parecía huirle como la peste y decidió hacer algo que no había hecho en más de 5 años, ir visitar a su madre.

Del otro lado de la ciudad, *“el show de Hugo”* estaba alcanzando altos ratings, más de mil comentarios por segundo y *“me gustas”*. Melissa estaba orgullosa de su obra, definitivamente esto la lanzaría a la fama. Por otro lado, Paul se sentía miserable, no estaba en su naturaleza ser despiadado y le asustaba ver la persona que era Melissa, y como el

amor había nublado su vista. Los comentarios de personas que ni siquiera conocían a Hugo y se regodeaban con su mala suerte, le dio a entender que el mundo estaba lleno de personas que odian sin razón y él no quiera ser uno de esos, arruinar la vida de Hugo no lo había hecho más feliz. Agarró su chaqueta y salió de casa sin despedirse de Melissa.

Hugo llegó al ancianato donde estaba su madre, la enfermera no lo saludó, estaba ocupada en su celular. Caminó el salón hacia el área de recreación y ahí la encontró sentada en una silla de ruedas, más canosa, más achacosa y le pareció más frágil que la última vez, pero cuando sonreí parecía la hermosa señora que había sido. Se preguntó si lo reconocería después de tanto tiempo. Se acercó a ella, hincó una rodilla y le dijo << mamá >>. Ella levantó la vista y sonrió. Ella puso una mano sobre su cabeza y le dijo << Hugo hijo >>, él lloró sobre su regazo como un niño y entre sollozos ahogados le pidió perdón por el abandono, por la ausencia y por no decirle cuanto la quería. Hugo sintió una mano sobre su hombro se dio la vuelta sobresaltado y se asombró al ver a Paul ahí, enjuagó sus lágrimas rápidamente. Estaba avergonzado.

- Lo siento – le dijo Hugo.
- No. Yo soy el que tiene que disculpase. Interrumpí un momento muy personal.



- No me refería a eso. Lo siento por todo.
- Parece que ambos tenemos muchas cosas por las que pedir perdón. Sé que ahora no me entiendes, pero cuando te cuente la historia entenderás el por qué a veces lastímanos a quien no se lo merece, o a los que nos hacen daño y el por qué no deberíamos seguir ese patrón. ¿Tienes tiempo para un café?

Paul pone una mano sobre la espalda de Hugo y juntos salen a una fría tarde de otoño.

Fin.